

## Un labrador castellano

Por la rojiza besana  
tira la yunta del surco.  
Mira el labriego la tierra,  
seca por soles de julio  
y piensa: "Tierra extenuada  
que mieses mil años hubo,  
algunas veces sin agua  
otras veces con diluvio..."

Ni ventiscas ni aguaceros  
cansaron sus brazos rudos;  
ni primaveras floridas  
cambiaron su gesto adusto.

Poco hablar y mucha brega  
desde niño es lo que supo.  
No tuvo escuela, ni puede  
darle a sus hijos estudio:  
el mayor, apenas firma,  
y el otro, siempre en el yugo.

Soñó algún día en América  
y el sueño se le hizo humo.  
Y le hablaron del progreso,  
de trabajar en lo suyo,  
y de pensar en voz alta  
sin exponerse al ayuno.

Le hablaron de otra justicia,  
que todo lo tienen unos,  
y él, que resucita el trigo,  
apenas logra mendrugos.  
Pero éste, como otros sueños,  
le dejó un triste regusto:  
un hijo bajo la hierba,  
y sangre hermana en los puños.

La tarde, desesperada,  
pone el ocaso de luto,  
y por el torvo horizonte  
viene Felipe II...

¡Ay, labrador de Castilla,  
qué triste afán es el tuyo,  
y qué ferradas fronteras  
cierran tus ansias al mundo...!

¡Labrador, vente a mi América,  
y allí soñaremos juntos!